

**PLÁTICA DE NUESTRO PADRE FUNDADOR
EN LA IMPOSICIÓN DE ANILLOS**

FIESTA DE LA PURIFICACIÓN - SAN SEBASTIÁN 1941

“Nunc dimitis”. “Ahora señor saca en paz de este mundo a tu siervo según tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado”

Palabras de Simeón que la Iglesia canta en el día de hoy.

Amadísimas hermanitas: Tres son los aspectos y motivos por los que nosotros nos reunimos esta mañana aquí. Tres motivos; uno cualquiera de ellos sería suficiente para celebrarlo con solemnidad y coincidiendo tres, tenemos pues, mayor razón, para hacerlo todo con mayor solemnidad, más profundamente, más recogidamente.

La fiesta presente es para nosotras el recuerdo inolvidable e imborrable en nuestra alma, de aquel día, hace 16 años, en que con la misma fecha, nos reunimos aquí, en estas gradas, un puñado de almas, quienes generosas, decididamente nos ofrecimos para iniciar una Obra con constancia, con firmeza, con voluntad. El éxito de la empresa no estribaba en nuestras fuerzas, sino en la gracia del Señor que, gracia entonces en nosotros y en nuestras almas y a aquellas gracias se unía la bendición especial de esta Virgen que nos miraba y contemplaba desde el cielo con gozo y nos distinguía con predilección para asentar la piedra angular de una Obra; para que fuésemos el granito de mostaza, después árbol, cuyas ramas se extendieran por toda la Nación y fuera de ella.

Aquella bendición no fue infecunda; fue bendecida por la Madre que venía con la seguridad de que siempre estaría a nuestro lado y si la Obra empezaba en manos débiles, la debilidad de nuestras almas estaría sostenida por manos de María y con Ella, pudimos sostenernos en medio de las luchas, persecuciones y de todo cuanto ha acaecido hasta ahora.

Sin Jesús, sin María, no habría Obra ni rastro de ella; se trataría de una aventura comenzada por la locura de unas almas de más fantasía que realidad y no hubiese quedado más que el bochorno y la vergüenza en las mismas y la aventura hubiera quedado sepultada en el sepulcro mismo del olvido.

Con Jesús y con María, la Obra ha seguido avanzando y sorteando dificultades hasta el momento presente. Desde este Camarín hemos de echar una mirada a las hermanitas de todos los Centros; Sevilla, Granada, Cartagena, La Coruña, Madrid, etc. todos los que están dentro de la Península y fuera de ella, porque todos ellos están vueltos hacia este Centro en que nació la Obra, como estrella luminosa. Este recuerdo merece que nos congreguemos y cantemos a Jesús y a María un himno de alabanza y pidamos nuevas gracias para que con el mismo temple, con la misma decisión sigamos adelante.

A esto se une la circunstancia de que tres hermanitas van a recibir hoy el anillo nupcial; van a subir al último grado, al último escalón de la Obra, lo más perfecto, abarcando cuanto indique mayor perfección y consagrarse entera y totalmente por medio de los votos. Estas hermanitas tan conocidas de todos y que tanto tiempo llevan en la Obra y que son testigos de todas las vicisitudes por donde ha pasado, y que han vivido y practicado con todo el fervor de sus almas, tienen la dicha de recibir el anillo nupcial en este Camarín, acto que por vez primera tiene lugar en este recinto.

“Vosotras hermanitas, sois las primeras y vosotras debéis esperar de esta Madre bendita, una protección especial; este Camarín que lo envidian vuestras hermanitas de fuera, quienes no marchan de la ciudad sin acudir a postrarse ante su Madre; vosotras que vivís siempre al calor de su regazo maternal tenéis la dicha de recibir el anillo de sus manos, es decir, Jesús, ese mismo Jesús que se acerca a desposarse con vosotras y el que os lo coloca. Sí, como en el misterio de la Purificación llevó María a Jesús al templo donde Simeón tuvo la dicha de cogerlo en sus brazos y sintiéndose emocionado y traspasado de alegría al reconocer en aquel Niño al Salvador, entonó el magnífico canto: “Ahora Señor”... Aquella gracia se le debía a aquella Virgencita que se presentaba con el más rico don, Jesús.

Haced, cuenta, que os desposáis con aquel Niño que se acerca con la Virgen y Ella os lo presenta y teniéndolo en vuestros brazos y estrechándolo contra vuestro corazón, íntimamente unidos recibís el anillo como símbolo de juramento solemne de fidelidad, de amor, celebrando con vosotras sus bodas.

En el templo Jesús encuentra al anciano Simeón y a personas diferentes. Aquí en su templo hay un estilo semejante; esas almas puras, virginales, en cuyos brazos salta de gozo y alegría y otras almas en cuyos brazos no encuentra más que insensibilidad y frío. Vosotras, almas predilectas, en estos transportes de gozo y alegría, habéis de prometerle fidelidad eterna. Que en vuestros brazos encuentre el olvido de tantas ingratitudes y tristezas. Habéis de decirle: “Señor, ya que tuvisteis la amabilidad de concederme esta gracia especial de ser vuestra, haced que yo entregue sólo a Vos mi corazón, que Vos seáis mi único Esposo, mi único consuelo y dicha; en Vos he puesto toda mi confianza, mi esperanza y sé que no saldré defraudada. Dadme Señor, la gracia de la constancia ante todas las dificultades que encuentre en el transcurso de mi vida”.

Tercera circunstancia. Después de 16 años, de vivir en medio de reglamentos que se han ido perfeccionando por la experiencia de la vida, hoy tenemos la dicha de presentar el Reglamento tal y como ha de ser la vida de la Alianza en todo el tiempo que dure acá abajo; y Dios quiera que sea hasta el fin de los siglos. Otro motivo, pues, para que pidamos una bendición especial sobre este Reglamento, para que le dé fecundidad, para que todas las almas que lo abrazan vivan su vida perfectamente y tengan grabadas en sus almas sus reglas y constituciones, en forma tal, que por su ayuda puedan llegar a la cumbre de la santidad, a la perfección en la medida que el señor tiene reservada según sus designios.

Así por estos tres motivos unámonos en recogimiento, ante Jesús y María, cantemos himnos, ofrezcamos nuestros corazones y seamos en San Sebastián, hermanitas perfectas y desde aquí empujando a la Obra, veamos el aumento y perfección de la misma, aun en medio de los asaltos de este mundo, sensualista y corrompido, y pidamos que de este mismo lodazal, broten almas candidas, almas puras, almas limpias y que el coro de vírgenes cada vez sea mayor y que podamos seguir al Cordero Inmaculado, por eternidad de eternidades.

AJM.

*Antonio Amundarain
San Sebastián 1941*